

Leopoldo, ni tampoco creía deber aguardar la impresión producida por la protesta mano armada.»

Además, sentía que ese sistema, dejaba al rey en un puesto secundario, mientras que para poner fin á la crisis creía que por lo contrario, debía brillar por la energía y el valor. Así, escribía en 1.º de Junio al emperador que persistía en su plan, que esperaba salir de París el día 20 para Montmedy, rogándole de nuevo que tuviera 10.000 hombres dispuestos en la frontera. Leopoldo respondió, que aún cuando no podía prescindir del temor que le inspiraba tal resolución, haría todo lo que deseaba su hermana; pero que nadie se movería antes de que la familia real hubiese salido de París, pero que luego podía la reina contar con los sardos, los suizos, las tropas alemanas de las provincias del Rhin, y en particular con las tropas prusianas que estaban en Vesel; y que, además, el conde de Mercy había recibido orden de sostener esas diferentes fuerzas con todas las tropas del ejército de Bélgica. Esta carta no llegó á recibirla la reina. La familia real había abandonado á París en la noche del 20.

Para comprender bien el alcance de este suceso y el efecto que produjo, no basta con conocer lo que opinaba Luis XVI. Es necesario darse cuenta también de la opinión que la fuga del rey provocó en el reino entero.

«Desde hacía un año, todos los espíritus estaban excitados por el temor de los emigrados y del extranjero. Hubo, pues, naturalmente de suponerse que el rey, una vez en la frontera, se reuniría con el conde de Artois para volver á entrar al frente de 100.000 soldados extranjeros en su reino y restablecer el régimen feudal, en medio de la sangre y de las ruínas. Esto no sólo exasperaba á los agitadores de los clubs, que sabían que la vuelta del antiguo orden de cosas les llevaría al patíbulo, y á los proletarios á quienes el restablecimiento de la seguridad pública debía quitar los medios de vivir á expensas del Estado; se comprende que en todo tiempo esos hombres se hubiesen mostrado hostiles á Luis XVI; pero todos aquellos que amaban á su patria temblaban ante la idea de que Francia cayera bajo la influencia extranjera, pues temían la posible pérdida de las provincias fronterizas.

Los labriegos temblaban ante la idea del restablecimiento de los diezmos, de los derechos señoriales y de los impuestos que antes les habían esquilado; los burgueses pensaban en la arrogancia de la nobleza, que, en los teatros, escupía todavía desde lo alto de los palcos á la cabeza de la canalla; los soldados recordaban las baquetas, su

mezquina paga y la imposibilidad de llegar al grado de oficial; en cuanto á los compradores de bienes nacionales, y se habían ya vendido por más de doscientos millones, el provecho tan fácilmente ganado se hubiese derretido fácilmente en sus manos; en fin, cuantos latían de entusiasmo y de sentimiento patriótico en la nación estaban excitados por las ideas de libertad, de derechos de la humanidad y de amor á la patria. El restablecimiento del antiguo estado de cosas bajo la presión del extranjero, les hubiese parecido un suicidio físico y moral de la nación.

No es que la mayoría de los franceses se hiciera ilusión alguna respecto de los errores de la revolución. La cuestión del clero y las complicaciones económicas hacían desear ardentemente al mayor número de ciudadanos la vuelta al orden y á un gobierno fuerte. Y los sentimientos monárquicos que, se habían manifestado un año antes en la fiesta de la federación, no habían cambiado ni se habían debilitado; pero no se había adquirido aún bastante experiencia para hacer remontar de una manera precisa el quebrantamiento general hasta su verdadera fuente, á las faltas de la Asamblea nacional; no se buscaba la causa del mal en los decretos constitucionales; se atribuía ese mal, por lo contrario, á que la constitución no estaba aún terminada. Y hé aquí que en el momento que iba á ser promulgada, el rey se separaba de la Asamblea.» El éxito de este plan habría sido aún dudoso en el caso mismo de que Luis XVI hubiese podido convencer á la nación que no sentía la menor simpatía por los planes de los emigrados. Mas, como, por desgracia, todo el mundo creía lo contrario, el infortunado monarca se encontró en el momento de escapar, aislado en medio de millares de súbditos, blanco de todas las sospechas, y objeto de la rabia y maldiciones de todos.»

Dada esta disposición de ánimos se comprenderá el estupor y el furor que causaron su partida.

Hase discutido mucho en nuestros días si Lafayette y Marat habían tenido noticias ciertas de la fuga del rey, pero lo único que parece cierto es que uno y otro, y aún otras personas, recibieron avisos confidenciales de la proyectada escapatoria, y como ésta estaba, por decirlo así, en la atmósfera, se comprende que si Marat se exaltaba, Lafayette continuaba tranquilo y confiado en las medidas que había adoptado para impedirlo. En efecto, el palacio real estaba sembrado de centinelas no sólo en el exterior sino en el interior, aún cuando por una de esas coincidencias que parecen cosa de novela se dejaron sin ellas precisamente dos puertas por las

que se retiraba de noche la gente de servicio. Por estas puertas salieron los reyes la noche del 20 de Junio de 1791.

De los preparativos de la fuga se había encargado el conde de Fersen y éste los sacó de París guiando la berlina que tomaron hasta fuera de las barreras en donde subieron á su carruaje de viaje cuyas condiciones se han criticado mucho.

Hase atribuido á la vanidad de la reina el haber querido un coche monstruo, vistoso, con criados de llamativa librea, y al que seguía otro coche más modesto con las damas de servicio. Esta aparatosa comitiva tomando por la carretera más frecuentada por los emigrados ¿era una imprudencia? Los reyes llevaban un pasaporte en regla en nombre de una dama rusa que habían podido procurarse, y que nadie les pidió hasta el momento de su detención, esto es, cuando ya hacían horas que eran espiados y perseguidos. El boato, pues, obedecía á la idea de inspirar confianza, pues ¿quién teme ser descubierto ó recela de la policía, gusta de la publicidad? La historia de las evasiones célebres está llena de casos en los que la osadía lo ha podido todo, y la osadía no faltó á los que combinaron la escapatoria. Casi tocaban ya la frontera cuando fueron detenidos, y de llevar postillones expertos hubieran llegado sin duda á Montmedy pues hubieran sabido encontrar fuera de la ciudad de Varennes los tiros de repuesto allí situados al efecto, pues, Drouet, el maestro de correos que le reconoció en Sainte-Menehould, llegó media hora más tarde que los reyes en Varennes, de modo que podían haber salido ya si el coche hubiese sido guiado por hombres del oficio en vez de llevarlo el conde de Valory, guardia de Corps.

Mientras los reyes corrían hacia Montmedy, París disparaba el cañonazo de alarma y Lafayette y Bailly se presentaban á dar explicaciones y disculpas sobre el secuestro del rey, pues con este nombre quisieron los sinceros realistas cubrir la responsabilidad de los reyes. Que en este día 21 de Junio naufragó la popularidad del comandante de la guardia nacional y la del alcalde de París, es incuestionable. Podrán continuar aún en sus puestos, pero esto sólo lo debieron á que no se encontrarán aún dispuestos los que tenían que reemplazarlos. Montmorin fué también otra de las víctimas del día, pues sobre haber ignorado todo recibió del rey la orden de que presentase á la Asamblea un pliego cerrado y sellado que era una proclama de Luis XVI á la nación explicando su conducta y sus propósitos.

Pero la alarma de París fué solo momentánea. La serena actitud de la Asamblea, la rápida con-

centración en su seno de todos los partidos, lo que prueba cuán ignorante estaba la corte de lo que podía esperar de sus planes de reacción, difundieron por todas partes la tranquilidad más absoluta, tanto, que se cuenta la noche del 21 como de las más tranquilas de París. La Asamblea nacional se había afirmado en sus propósitos de defender la Constitución con el rey ó contra rey; la guardia nacional estaba unánime en derramar su sangre hasta la última gota por la causa de la libertad, y la patriótica reserva de los exaltados que reservaron sus soluciones en gracias de la unión de todos impuso la firme tranquilidad que resulta de la confianza.

Esta tranquilidad y esta confianza fué mayor al día siguiente, cuando se vió que la fuga del rey era un acto aislado, pues no se recibía aviso de que se hubiese turbado el orden en ninguna parte. Al disiparse, pues, el temor de una contrarrevolución realista de la que había de ser la señal la salida de los reyes, temor que Robespierre sintió en extremo según aseguran sus adversarios, renacieron las pretensiones de todos los grupos, y quien sabe á lo que se hubiera llegado de no haberse recibido en París el día 24 la noticia de haber sido detenido el rey en Varennes en medio de las patrullas de Bouillé que quisieron abrirle paso á sablazos, á lo que se opuso la reina por miedo de lo que pudiera ocurrir.

La Asamblea nacional encargó á tres de sus miembros, á Barnave, á Petion y á Latour Moubourg que saliesen á recibir á los reyes, á quienes encontraron entre Epernay y Dormans, y el día 25 entraban de nuevo en París como reyes los que habían salido como malechores, solo que á las elocuciones de las autoridades para excitar el entusiasmo, sucedieron unos carteles anónimos en los que se leía: «El que aplauda el rey será apaleado, el que lo insulte será ahorcado.» El rey, sin embargo, fué aplaudido é insultado durante su tránsito por las calles de París desde la barrera de Pantin á las Tullerías, de donde no había de volver á salir sino para el Temple, pero no fueron estos actos más que actos individuales y sin trascendencia. Así, pues, no ocurrió conflicto alguno como en realidad era de temer, y todos pudieron dar gracias á Dios de que hubiese terminado tan bien la calaverada de los reyes.

Mas no se crea que éstos al ocupar de nuevo sus habitaciones abandonadas en la noche del 20 pudieran decir el 25 «como decíamos ayer,» no; la Asamblea nacional había acordado á propuesta de la Comisión de constitución y por su órgano Thou-

ret que se diera provisionalmente al rey una guardia que velara por su seguridad y respondiera de su persona y cuyo mando estaría confiado al comandante de la guardia nacional. Desde este momento Lafayette dejó de ser para la corte «el americano,» ya no se le dió más nombre que el de «carcelero.» Al príncipe real diósele también su guardia particular y además un gobernador. La reina tuvo también la suya. Además se acordó que provisionalmente el sello del Estado continuara en

poder del ministro de Justicia para refrendar los decretos de la Asamblea, lo que debía hacer sin esperar para nada la sanción y aceptación del rey, esto era lo que prevenía el artículo 5.º y en fin por el 3.º se prevenía «que todos aquellos que habían acompañado á la familia real fueran *arrestados é interrogados* y que se *recibiera* al rey y á la reina su declaración.» La Asamblea, pues, acababa de suprimir de hecho la monarquía y los reyes, esto se lo dijo Brissot en el *Patriota francés*, y Malouet



FRÉRON

en la tribuna, pues éste tuvo valor para protestar del decreto del 25 en nombre de la inviolabilidad del rey garantizada por la Constitución. Thouret, Alejandro Lameth y Duport tuvieron que sostener el debate, y la Asamblea casi por unanimidad votó el decreto.

La Asamblea nacional además, había proveído á la seguridad del reino. Temiendo la invasión extranjera, había ordenado una organización uniforme de la guardia nacional y además la creación de 169 batallones de voluntarios cuyos jefes debían elegir ellos mismos. Pocas semanas después marchaban 60 de estos batallones á la frontera de Alemania en donde el ejército, la guardia nacional y el pueblo espontáneamente al recibir la noticia de la fuga del rey se habían apresurado á poner las fortalezas en estado de defensa y en hacer toda clase de preparativos para recibir á los extranjeros.

Claro está que desde el momento en que Luís XVI

entró de nuevo en las Tullerías, los partidos reaparecieron en la Asamblea. El rey estaba perdido en la opinión, y el consejo de Barnave al rey que éste cumplió de que declarase primero á Lafayette y luego á la comisión de la Asamblea nacional encargada de recibir la declaración de los reyes, que si hasta entonces había creído que sólo se trataba de una minoría que quería imponerle, ahora el viaje le había desengañado y había comprendido que lo que él había creído minoría era la nación entera, por lo que se declaraba pronto á hacer cumplir y cumplir la Constitución; este consejo pudo abrir camino á sus amigos y partidarios para salvarle, pero para ello era necesario que todos marcharan de acuerdo y este acuerdo resultó imposible. ¿Por qué? «Porque los grandes señores,—dice el realista marqués de Ferrieres,—el alto clero, los antiguos miembros del Parlamento y los financieros, no querían Constitución alguna, sino la vuelta pura y

simple del antiguo régimen. De modo, que por correr tras una probabilidad prefirieron correr la de la ruina del monarca y la suya propia.» En vano, pues, la antigua extrema izquierda de la Asamblea, Duport, Barnave y Lameth, se unieron al centro dirigido por los grandes legistas, los Thouret, los Target, los Chapelier, etc., á fin de formar con la derecha una gran mayoría liberal y constitucional, la derecha permaneció impasible y resistente. En

tre los consejos de Cazalés y los del abate Maury optó por los de este último, así mientras Cazalés desesperado abandonaba la Asamblea y tomaba el camino de la emigración, el abate Maury hacía firmar á los 290 diputados de la derecha una protesta en la que se declaraba que no reconocían los firmantes la legalidad de los decretos de la Asamblea y que no tomarían parte en deliberación alguna que no tuviera por único objeto la defensa del rey



J. MENOÜ

y de la familia real. Y como si esto no bastara á producir el incendio que debía abrasar la monarquía; el día 30 de Junio recibió la Asamblea una carta de Bouillé, que estaba ya al extranjero, en donde había tenido que escapar por acusado de traidor por sus propios soldados, en la que se significaba á la Asamblea que era responsable de la vida del rey y de la reina delante de todos los reyes del Universo, y que si les tocaba un solo cabello de sus cabezas, no dejaría piedra sobre piedra en París, cuya resistencia sería quimérica. Y acababa diciendo:—«conozco los caminos y yo guiaré á los ejércitos extranjeros.»

¿A quién, pues, culpar de la ruina de Luís XVI y de la monarquía más que á sus amigos?

Cuando venían los reyes de regreso de Varennes, Robespierre le preguntaba á Petión «qué era una república.» Si ahora todo el mundo, incluso Lafayette, entreveía la posibilidad de esta solución ¿quién la imponía más que los que negaban á los fundadores de los Jacobinos que continuaban aún repudiando toda idea republicana, los medios de constituir en la Asamblea una gran mayoría constitucional?

Robespierre que en plena Asamblea había sostenido que no debía darse á los reyes más jueces que los jueces naturales, ya sostenía en los Jacobinos que no era lógico encausar á los cómplices de la fuga del rey y no á sus autores, ¿qué habían, pues, de pensar, decir y hacer, los que ya eran fran-

camente republicanos, los Danton, Marat, Desmoulins, Brissot, Bonneville y cuantos con ellos no tenían asiento en la Asamblea y por consiguiente se sentían libres de toda responsabilidad directa?

Sin embargo, no fueron estos los que pusieron como suele decirse el cascabel al gato, sino un extranjero, un inglés que se había hecho americano para defender la libertad en América, y que ahora se hacía francés para defenderla en Francia, ó mejor en Europa. Tomás Paine fué el autor de una alocución que el día 1.º de Julio apareció fijada en todas las calles y hasta en los corredores de la Asamblea, en la que pedía que los ciudadanos todos reclamaran la destitución del rey y la abolición de la monarquía. Hizo todavía más Paine, provocó á Sieyès á una polémica sobre las ventajas de una y otra forma de gobierno, y esta polémica se trasladó á los Jacobinos que se encargaron de republicanizar, Petión el 8 de Julio, pidiendo que no fuera repuesto Luís XVI y Brissot el 10 que los electrizó con su elocuencia. A Paine, á Petión y á Brissot les empujó, sin embargo, una mujer, esta mujer era la señora de Roland.

«Madame Roland,—dice Martín,—era una parisiense, hija de un artista, su padre era grabador. Su nombre de soltera era Manon Phlipon. Casó con un hombre de mucha más edad que ella, que le había inspirado una profunda estima y una sólida afección por sus virtudes, su saber y su patriotismo. Roland de la Platière, inspector de manufacturas, había servido largo tiempo á su país, con sus pacientes trabajos sobre los intereses económicos é industriales de Francia; ahora le servía en el terreno de la política, consagrándose á la revolución. Su mujer se asociaba con entusiasmo á las opiniones que Roland sostenía con una grave austeridad.

«Habíanse unido en madame Roland el entusiasmo con las más serias meditaciones desde su primera juventud, y de tal modo se había penetrado de las ideas y sentimientos de Rousseau, que se podía decir que le había transmitido su alma y que era verdaderamente su hija.

«Pero, si había heredado las ideas y sentimientos de Rousseau, no había heredado sus debilidades. Era tan fuerte, tan señora de sí misma, de sus voluntades, de sus acciones y de su imaginación, cuanto pudo serlo Rousseau á lo menos durante la primera mitad de su vida. Había aprovechado sus lecciones pero no seguido sus ejemplos.

«Ya, como hemos dicho, había dejado oír su voz por primera vez, cuando la federación lionesa

de 1790; luégo, de los alrededores de París, en donde habitaba con su marido, se había trasladado á París en Febrero de 1791. Su pequeño salón, calle de Guénégaud, cerca de la Moneda, se convirtió muy pronto en punto de reunión de los diputados y periodistas de la opinión más adelantada: Brissot, Petión, Robespierre, Desmoulins, Buzot, Gregoire, etc. Madame Roland ejerció desde luégo, sobre todos una atracción extraordinaria, y cuyo efecto sobre muchos, sobre los mejores, no cesó sino con la muerte.

«Tenía entonces 37 años, pero parecía mucho más joven. Su fisonomía expresiva y animada producía una impresión muy viva más que su belleza que no era muy regular. Su ancha frente llena de pensamientos, parecía la de un hombre de genio; pero su gracioso rostro y toda su persona tenían el encanto de la mujer. Sus grandes ojos tan altivos como dulces penetraban en el fondo de los corazones. Todo en ella respiraba fuerza, bondad, honestidad y gracia que avaloraba el resto.

«Fué, digámoslo así, la idea misma de la república la que tomó cuerpo en esta mujer. En ella se personificó una segunda época de la revolución, que ya no era la de la Constituyente. Más allá de esta grande Asamblea que había derribado el antiguo régimen, pero que todavía quería mantener un rey, la señora de Roland, desde su llegada á París, había entrevisto otra cosa en el porvenir. En el momento de la huida del rey, ella misma, que hasta entonces se había mantenido modestamente en la sombra detrás de su marido, escribió é hizo escribir de todos lados á provincias, para empujar las sociedades afiliadas á los Jacobinos y las Asambleas primarias á reclamar que se consultase á Francia si quería conservar ó no la monarquía. Ella y su marido estaban bien resueltos en contra.

«Muchas otras señoras obraban entonces energicamente en París, las unas por la monarquía, las otras por la república. Entre las que pensaban como la señora de Roland, es digna de ser citada á su lado por la pureza moral, sus ideas levantadas y su abnegación heroica á la libertad y á la patria, la señora de Condorcet.

«Como la de Roland y como todas las mujeres de su tiempo que no se quedaron del lado del clero y del antiguo régimen, la señora de Condorcet era una discípula de Rousseau. Pertenecía no á la pequeña burguesía como la de Roland, sino á la nobleza pobre, y había sido destinada al convento; pero pasó á la filosofía casándose con un filósofo, quien á su vez era también un noble sin fortuna, y

lo mismo que Roland también era de más edad que su mujer. Pero Condorcet era uno de esos hombres quienes animados por un fuego interior, bajo una apariencia de fina reserva, continúan siendo jóvenes toda la vida.

«Condorcet, el biógrafo de Voltaire, el amigo de Turgot y el último sobreviviente de los filósofos de la filosofía del siglo XVIII, creyó llegado el momento de poner en práctica las concepciones de la filosofía. Empujado por las vivas inspiraciones de su mujer y decidido por las meditaciones de su alta razón, juzgó imposible perseverar en el compromiso intentado por los hombres del 89 entre la democracia y la monarquía.

«Así el día 12 de Julio, en el Círculo social, club en donde se hacía poca política activa, pero sí más teoría y filosofía política que en los Jacobinos y Cordeliers, Condorcet pronunció un discurso en el que estableció que un rey no era en modo alguno necesario allí en donde los poderes estaban bien organizados. Refutó la preocupación que hacía creer á muchas gentes que un gran Estado como Francia no podía constituirse en república, y afirmó, en fin, que el trono hereditario era un obstáculo al progreso, no siendo más que una causa de luchas civiles, lejos de ser una causa de estabilidad.»

Al día siguiente, es decir, el día 13 de Julio, la Asamblea recibió comunicación del dictamen de sus comisiones respecto la fuga de los reyes. El dictamen concluía disculpando al rey de quien se decía que no había violado la Constitución, y que estaba cubierto por su inviolabilidad, pero se le declaraba suspendido de su oficio provisionalmente, hasta tanto que hubiese aceptado la Constitución, que mandaba proceder contra Bouillé y sus cómplices por delito de alta traición.

Si hemos explicado bien los sucesos y el estado de los ánimos se comprenderá lo injusto de la acusación de Sybel, cuando dice que la Asamblea temió y se avergonzó ante la declaración de la inocencia del rey, y que puesto que no había más remedio que restablecer la monarquía ó caer en la anarquía republicana que amenazaba, era injusto é imprudente lo que se hacía. Mas si Sybel antes que pensar en la anarquía republicana hubiese pensado en los sucesos que siguieron á la adopción del dictamen del 13, hubieran visto claro que la Asamblea no pudo hacer más que absolver como absolvió indirectamente al rey, pues de hacerlo de frente se provocaba al país, y el país estaba dispuesto á extremar las soluciones. Injusto lo era, en efecto, el dictamen de las Comisiones, pues el rey lo había

violado todo, inclusa la inviolabilidad que le cubría al cubrirse con la peluca del ayuda de cámara Durand, y era imprudente porque siempre lo es en alto grado la injusticia. Pero dejemos al historiador alemán con su opinión y veamos los sucesos si justifican á los que como Sybel creen que era posible una conducta enérgica, una imposición del rey fugitivo.

Robespierre pidió en vano el día 13 que se aplazase la discusión del dictamen para el día siguiente en vista de su gravedad, pero la Asamblea, que no quería que los clubs hablasen, obligó á hacerlo sobre la marcha á Robespierre y á Petion que consumieron la sesión. Hubo, pues, necesidad de suspender la sesión para el día siguiente y por la noche, en los Jacobinos, Robespierre propuso que se consultase á la nación sobre si quería ó no reintegrar al rey en su trono, y en su discurso dijo que no era ni republicano ni monárquico, que no quería disputas sobre nombres, sino que lo esencial era ser libre. Danton y Legendre cargaron sin miramientos sobre el rey y la Asamblea, y el obispo de Blois, Gregoire, preguntaba á los que sostenían la proposición de la Asamblea, qué valor tendría el juramento del rey. En fin, los Jacobinos se decidieron por Salles, Barnave y Lafayette que sostuvieron el acuerdo de la Asamblea.

La multitud que rodeaba el club era inmensa, y cuando se enteró de lo ocurrido prorumpió en gritos y denuestos contra Barnave, Lafayette y los suyos, haciéndose necesaria la intervención de la guardia nacional para prevenir una colisión. Dispersada la multitud, los grupos se dirigieron á los teatros, haciéndoles suspender las funciones en señal de luto público. De modo que ya pesaban en la opinión más las resoluciones del club de los Jacobinos que las de la Asamblea nacional. ¿Es esto ó no un signo de los tiempos?

La Asamblea votó al fin el dictamen, el día 15. Tres días se pasaron discutiéndolo, y estos tres días los aprovecharon hábilmente los conspiradores. Veamos quiénes eran.

Hecha pública la resolución de la Asamblea, Laclos se presentó al club de los Jacobinos para pedir que en el altar de la federación se firmara una petición á la Asamblea pidiéndole la destitución All y que la Asamblea proveyera pero sin indicar el cómo. Robespierre apoyó la proposición Laclos, oponiéndose á que la firmaran las mujeres y los niños como había propuesto Laclos. Brissot la apoyó también y al redactarla, al tratar de proveer el puesto que había de quedar vacante con la deposición del